

ENTREVISTA

Alfredo Rajo Serventich

(Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad Intercultural Indígena de Michoacán)

Sobre el entrevistado

Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Docente Investigador de la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán.

ORCID: 0000-0003-4953-6319

E-mail: arajosor@gmail.com

1. En materia de derechos humanos en el contexto mexicano, ¿qué avances y retrocesos se han dado en el siglo XXI?

Alfredo Rajo Serventich – Este siglo ha tenido serios retrocesos por una serie de circunstancias. Una de ellas es la cooptación de dirigentes de organizaciones promotoras de los derechos humanos, de carácter independiente, que tuvieron un papel muy destacado en las dos últimas décadas del siglo XX, por parte del estado mexicano, al comenzar este siglo. Había una pléyade de Organizaciones No Gubernamentales internacionales que apoyaban económicamente esa gestión y a partir del gobierno de Vicente Fox (2000-2006), muchos de esos fondos se trasladaron de las ONG al estado, y ahí estuvo el empleo, muy bien remunerado, para tales dirigentes y hoy todavía estos factores se siguen reproduciendo.

Otro factor es la presencia de agentes que contribuyen a la anomia social, como son el crimen organizado que ha invadido crecientemente la vida pública, una suerte de red de feminicidas y otras formas de manifestación y acción de ideologías de odio. Y la escasa e ineficaz repuesta del Estado. El caso de las muertas de Juárez y el de los desaparecidos de Ayotzinapa, son heridas abiertas para la sociedad mexicana y el desprecio y la indolencia de los poderes públicos en poco o nada contribuyen a sanar heridas, si es que se puede.

Como avances es que hay una, cada vez mayor conciencia social sobre los derechos humanos y lo que se ha dado a llamar la agenda de

los Derechos Sociales, Culturales y Ambientales que se traducen en el respeto a la Madre Tierra y Convivencia Humana, como derechos de reciente visibilidad mas no generación. En este sentido, como un acto de justicia, hay que reconocer las cosmovisiones de los pueblos originarios, como precursores y promotores de esta nueva cultural centrada en el respeto, como alto valor de la democracia.

2. En el ámbito académico nacional, ¿cómo han ido ocupando espacio los principios básicos de los derechos humanos en la producción de conocimiento?

ARS – Tenemos resabios de una cultura autoritaria, que pasan por cierto tipo de abusos y acosos como son el acoso a los y las docentes, estudiantes, trabajadores de la educación y la cultura, en general. El problema es la línea delgada entre ser víctima y victimario. Aunque es una cuestión de poder. Y es necesaria y urgente una crítica del poder, como lo manifestaba en algún momento Michel Foucault, desde los más recónditos y diversos espacios. A pesar de esto, este poder, desde las instituciones, es evidente y sus limitantes para atender íntegramente este problema, por acción u omisión.

Mucho tiene que ver el descuido de una educación de tipo humanista o haber hecho un cliché de ella, como discurso políticamente correcto, aunque con muchas dificultades para llevarlo a la práctica.

Aún así, se ha avanzado, no son pocos los protocolos contra la violencia de género, pero falta mucho para que esto devenga en procesos de toma de conciencia, en especial que asumamos con plenitud nuestras femineidades y masculinidades. Así como transitar en los reductos universitarios a una plena conciencia de la diversidad como riqueza que permitan el desenvolvimiento colectivo.

Es menester que rompamos, para ello, con la fragmentación de la educación convencional. Cuando podamos interrelacionar los pilares interculturales de la vida escolar como son la

docencia, la investigación, la vinculación comunitaria y la difusión de las culturas, en las instituciones en general mucho se habrá recorrido. No obstante, el complejo derechos humanos-sustentabilidad ya está presente en ingentes espacios de la educación, incluso ya en la órbita de los posgrados. En el fondo, esto se enmarca en una discusión más amplia: nosotros pensamos que la educación debe ser un servicio y no una mercancía, pero la moneda, según mi criterio, está en el aire.

3) Sabemos que el avance del pensamiento conservador y/o de ultraderecha cuestiona/niega la validez de las políticas públicas que buscan ampliar los derechos humanos. A partir de esta premisa, ¿podemos entender que el pensamiento democrático está perdiendo terreno en el debate político?

ARS – Yo respondería formulando otras preguntas y ensayando respuestas preliminares. Una de ellas pasa por la caracterización de la ultraderecha en México.

Para ello, a los efectos de esta entrevista, necesitaríamos hacer una breve descripción de lo que ha sido la derecha y extrema derecha en México, con ciertos condicionamientos locales de lo que han sido estas expresiones.

En México, durante un breve periodo, en la década de los años veinte hubo un Partido Fascista, de muy corta vida. Esto se puede explicar por varias razones: desde el punto de visto histórico y esto se arrastra al tiempo del periodo de la Ilustración en clave mexicana. Una situación sui géneris del enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado, en este caso la Corona española, que derivaría en el problema de a quién obedecer, al soberano terrenal o al Papa. Esto sería muy importante, incluso, en cierta expresión particular de la identidad nacional mexicana.

Así como en México y América Latina, hubo un liberalismo mocho, también se presentó un conservadurismo de igual signo. Y esta situación se iba a extender a los convulsionados años veinte del siglo homónimo. De manera similar al caso

español en que hubo un fascismo en estado cuasi puro temprano con la Falange que iba a perder la pulseada con el nacional catolicismo, en México se fue acuñando cierto engendro de fascismo combinado y mediatizado con el misoneísmo cristiano.

En México, hasta tiempos recientes, ha habido cierto rechazo al conservadurismo, por su asociación con la traición que significó la colaboración con la invasión francesa en el periodo de la reforma, en la segunda mitad del siglo XIX. De tal forma que ese conservadurismo, en el lenguaje popular, podía ser sinónimo de bastardía. Sin embargo, estamos en el periodo del fuera máscaras, como expresa cierta frase popular quizá vinculada a expresiones carnavaleras.

Un ultraderechista, ligado a Donald Trump, Eduardo Verástegui, llama a la derecha actual participante en el proceso electoral “derecha cobarde”. Ésta, liderada por el Partido Acción Nacional, en coalición con el antiguo partido de estado el Partido Revolucionario Institucional y una otrora izquierda, el Partido de la Revolución Mexicana. Este último, hoy en una alianza vergonzante con la derecha en contra del actual gobierno mexicano que enarbola un movimiento plural transformador: el de la Cuarta Transformación (4T), en el cual se observa la preminencia de un partido llamado a ser el partido de estado del siglo XXI, el Movimiento de Restauración Nacional (MORENA).

Esta expresión de Verástegui, alude a la llamada a un nuevo activismo de la extrema derecha, con amenazas de violencia, que no se diferencia del movimiento anti Amlo, FRENA, que pedía, hacia 2020 la renuncia del mandatario mexicano Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y que ha estado intermitente en los espacios públicos de la capital, de tal manera que apareció, nuevamente en 2023 con un plantón en el Zócalo de la ciudad de México. De continuidad en esta argumentación queda el pendiente de cuál sería esta caracterización de extrema derecha.

Comenta Steven Forti que esta extrema derecha se diferencia mucho del antiguo fascismo, que bregaba por derrumbar el sistema

democrático y lo derrumbó finalmente. Es una extrema derecha que se dice democrática y que participa en los juegos democráticos y que ha ganado espacios muy grandes en la redes sociales. A través de la construcción de un discurso de odio hacia todo lo que trasgrede su sistema de creencias marcado por el misoneísmo religioso, ya sea protestante, católico o de otra expresión como es el caso de India. Claro está un misoneísmo que dista mucho de ser absoluto, como fue el de la experiencia del sinarquismo en las primeras décadas del siglo XX. Hoy, de manera camaleónica oscilan entre ese misoneísmo y el oportunismo de sus convenciones contra la cultura de los grupos populares. Muy acorde y útil para comprender esta actitud, es el término acuñado por Adela Cortina, como aporofobia u odio a los pobres.

Pregonando una aversión hacia todo lo que suene izquierdista, desde el ataque a los zurdos de Javier Milei, las arengas antiobratoristas acusando a este gobierno, muy anclado en lo nacional popular de “comunista”, émulo de Cuba y Venezuela, entre otros aspectos.

Hay aspectos con los que difiero con Forti, fruto de mi experiencia de militancia de base de más de cincuenta años, como un hombre común y corriente en la izquierda uruguaya, mexicana y latinoamericana.

La prédica de la derecha y la extrema derecha, desde mis lejanos años juveniles siempre ha sido la de defender “su” democracia. Es y ha sido sumamente pragmática. Oscila entre la moderación y el extremismo violento, en función de que sus intereses de clase se vean amenazados. En la historia de América Latina de la segunda mitad del siglo XX abundan ejemplos.

Dicen arriba la democracia siempre y cuando no sea la democracia de los de abajo. Hay un dicho popular mexicano muy ad hoc “Señor, hágase la voluntad, pero en los bueyes de mi compadre”.

Es decir, no en los míos con un sistema de redistribución, aunque moderado, de la riqueza. Hace unos días hubo una marcha de la actual derecha electoral: que marcó todas las contradicciones que rayan en una gran hipocresía

social: Violencia verbal y física que llegó a plasmarse, incluso, en la agresión a los maestros que, desde días antes, ocupaban ese espacio físico, el zócalo capitalino que consideran de su exclusividad. Dicen estar a favor de la democracia y sus instituciones y la socaban desde dentro, intentando preservar un sistema de privilegios. Enarbolando, inclusive, desde los medios de comunicación hegemónico la posverdad, con su fuerte carga de interpretaciones caprichosas más que la búsqueda de la verdad.

Finalmente creo que el pensamiento democrático no está perdiendo presencia. Hoy, cierta pedagogía popular desde el poder está contribuyendo a consolidar el boque transformador. Sin embargo, los golpes de estado de nuevo tipo, con la judicialización de la política son una amenaza latente. Ante la pérdida de la elección la derecha y ultraderecha, junta y revuelta, podría jugar esta carta y hay fuertes indicios de ello, como han sido las reuniones secretas, hasta hace poco, de gentes de la derecha y ultraderecha electoral con la máxima figura del poder judicial.

disputa, entre ciertos sectores, llamemos más conservadores y otros de índole transformador, dentro de la misma formación política gobernante. Se puede utilizar una analogía de lo anterior, con respecto a los derechos humanos. Para mí está claro, que los encumbramientos de las derechas y ultraderechas sería una muralla para la propagación y ejercicio de tales derechos. Sin embargo, un ascenso de las izquierdas no garantiza por sí mismo, una situación contraria. Una pregunta que me formulo y todavía no encuentro respuesta, es hasta qué punto no estaremos interiorizando el pensamiento conservador, con ropajes izquierdistas. Unos veinte años atrás hablábamos de hegemonía cultural, ojalá este proceso siga presente entre nosotros.

Entrevistadores:

José Renato Ferraz da Silveira e
George Leonardo Seabra Coelho

4) En materia de derechos humanos, ¿el campo político de la izquierda democrática está perdiendo terreno frente a las agendas identitarias (movimiento negro, luchas de los pueblos indígenas, género)? ¿Podría explicar cómo entiende este proceso?

ARS – No me queda claro que esté perdiendo espacio, sino que la etnización de la política, sin esencialismos, debe formar parte de esa izquierda democrática. Aunque la actuación de la partidocracia izquierdista es muy ambigua, al respecto.

5) ¿Cómo percibe las agendas de derechos humanos en América Latina? ¿Estamos en el mismo proceso de descrédito o negación de estos derechos?

ARS – Cuando la primera presidencia de nuestro compañero Lula, se decía que era un gobierno en